



Sor EUSEBIA PALOMINO
La pequeña mendiga de Dios
18 de diciembre de 1899 - 10 de febrero de 1935

Cuando llegaba el invierno, partían de Cantalpino un hombre y su niña. Iban a mendigar. Cuarenta y un años el hombre, Agustín Palomino. Siete años la niña, Eusebia. "Hacía mucho frío -escribía aquella niña-, pero yo sentía todavía el calor del abrazo de mi madre, y me seguían sus palabras: ¡Volveos pronto, porque estoy preocupada!" Al llegar a una aldea, la recorrían casa por casa, extendiendo la mano. Eusebia miraba a las personas de abajo arriba, sonreía y decía: "Un pan, por el amor de Dios". Nadie se resistía a la sonrisa de la niña mendiga. Eran gente pobre. Les daban un pan, un plato de garbanzos o un puñado de lentejas, o una tajadita de tocino. Eusebia y Agustín daban las gracias, luego se iban a otra aldea. Si pasaban por un bosque, Eusebia recogía ramas, Agustín juntaba dos piedras y encendía el fuego. En una sartén que siempre llevaba consigo, preparaba la cena. "¡Mi padre hacía una sopa tan buena que yo cantaba de alegría!".

Juana Yenes y Agustín Palomino, cuándo se habían casado, habían puesto juntos su afecto y su miseria. Vivían en una casucha hecha aprovechando un pajar: tres cuartos blanqueados de cal. Habían llegado cuatro hijos: Antonio en 1894, que sólo vivió tres años, Dolores en 1896, Eusebia en 1899, Antonio en 1902. Llegó también el quinto, Moisés, en 1907, pero vivió pocos días. Los hijos llegaban pero nunca le llegó a Agustín un trabajo. Los ricos latifundistas que poseían grandes campos alrededor, lo contrataban frecuentemente como vaquero de mayo a septiembre, cinco meses al año. Pero tenía sobre sus espaldas a su familia los 12 meses del año.

Criada y niñera a los diez años.

A los diez años, recuerda Eusebia, "mis padres me mandaron a una familia como criada y niñera. Primero en una familia, luego en un colegio, luego con las hijas de María Auxiliadora. Había entrado un día en su Oratorio para inscribirse en la escuela de los domingos. La directora, sor Miglietta, la había observado por algún tiempo, luego le dijo: "Vamos a tener necesidad de una muchacha como tú para ayudarnos en los trabajos de casa y para acompañar a las niñas a la escuela pública. ¿Te gustaría venir?"

Entró en los primeros días de diciembre de 1917.

Después de dejar su hatillo junto a una pobre cama, la acompañaron a la cocina, y su primer trabajo fue moler café. Las hermanas eran muy pobres, y en aquel invierno (mientras Europa vivía el cuarto año de la gran guerra) el frío bajó en Salamanca a diecinueve grados bajo cero. En todo el edificio solamente había dos estufas, y con todo estaba lleno de niñas: alumnas internas que iban a las escuelas superiores a la ciudad, y el Oratorio. Rosa Alonso era entonces una niña. Recordaba: "Era alumna del colegio cuando Eusebia entró en él. Con la curiosidad propia de la niñez, yo y mis compañeras nos acercamos a ella, a quien nunca habíamos visto, mientras sacaba agua del pozo del patio. La saludamos, y ella dándonos los buenos días, nos miró. Enseguida nos sentimos atraídas por aquella fisonomía dulce, serena y alegre, tanto que cada mañana, al llegar a la escuela, la buscábamos para escuchar sus buenas palabras, encantadas con la expresión de su rostro".

"Vivía sólo de Dios y para Dios".

Ella, Eusebia, recordaba con sencillez: "Me ocupaba de tener limpia la casa, ayudar en la cocina, tender la ropa blanca, llevar la leña y acompañar a las internas a la escuela pública o a hacer recados. Pero entre tantas ocupaciones era feliz y ni siquiera sentía el frío al tender la ropa. Ni me molestaba el trabajo ni las

grietas de las manos que sangraban a causa del hielo, antes al contrario, gozaba porque tenía algo que ofrecer al Señor. La hacía todo con alegría y con la intención de reparar mis pecados y salvar almas".

Eusebia ni es ni será nunca una profesora. Pero su vida comienza a proyectar aquella luminosa "lección cristiana" que en todo tiempo y lugar la gente aprende casi sin darse cuenta, casi sin quererlo. Una niña de aquel tiempo, Eugenia Sánchez, atestigua: "Un grupo de muchachas internas, entre las cuales también yo, estábamos encargadas de poner en orden el comedor, y yendo y viniendo de la cocina, entrábamos a propósito y sólo para escuchar a Eusebia Palomino. La hermana, nuestra asistente, nos preguntaba: "¿Pero se puede saber por qué cuando vais a la cocina tardáis tanto en salir?". Siempre respondíamos la misma cosa: "Estamos escuchando a Eusebia... "Se veía que sólo vivía de Dios y para Dios".

Cocinera-postulante

31 de enero de 1922. Eusebia es admitida como postulante junto con la maestría Amalia Fernández. Ahora tendría que marchar a Barcelona-Sarriá para iniciar el periodo de estudio y de preparación al noviciado. La maestría parte, pero Eusebia (dice la crónica de la casa) hará aquí su postulante por que falta la hermana cocinera y ella la suplirá. La primera elemental continúa siendo su único título de estudio. Escribirá: "Hice el postulante en Salamanca y todo lo que se me encargaba lo hacía con alegría... Mientras tenía la ropa rezaba el rosario entero. Y se lo ofrecía todo a la Virgen Santísima. Cuando iba por la calle pensaba continuamente en el sagrario de las iglesias delante de las cuales pasaba. Hacia la comunión espiritual. Si tenía tiempo y la iglesia delante de la cual pasaba estaba abierta, entraba al menos un momento".

Seis meses después, debe partir hacia Barcelona. Pero se celebra una gran fiesta, y se sabe que en las fiestas las cocineras son imprescindibles... Al final la inspectora, que la quiere en Barcelona, manda que la hagan partir sin más excusas.

En aquel viaje, a los veinticinco años, Eusebia ve por primera vez el mar. Tantas veces había rezado a María Santísima como "estrella del mar"....

El 5 de agosto de 1922 Eusebia viste el hábito de las FMA y comienza los dos años de noviciado. Dos compañeras suyas recuerdan: "durante el primer año le dieron a Eusebia el cargo de trabajar el huerto". "Era sencilla, ingenua, inocente. Por su simplicidad a veces nos reíamos de ella, pero no se ofendía de ninguna manera". Al principio la maestra del noviciado, sor Serravalle, le aconsejó un libro para que comenzase a hacer meditación. Con estupor, Eusebia le preguntó: "¿Pero es que es necesario un libro para meditar?". "¿Cómo la haces tú?", le preguntó la maestra. "Oh, me basta ver un olivo o cualquier otro árbol para meditar sobre Dios". Sólo había estudiado la primera elemental, y sin embargo, a Dios lo conocía desde hacía mucho tiempo.

Vigilia de Pascua de 1924. Todavía faltan pocos meses para aquel 5 de agosto en el que se consagrará al Señor y será Hija de María Auxiliadora. Eusebia está en la despensa del sótano. Alguien la llama y le dice que salga enseguida. Eusebia toma en cada mano dos botellas para llevarlas a las mesas del comedor y sube aprisa por la escalera. Tropezaba con el borde del hábito, se cae, rueda hacia abajo con las botellas que se hacen añicos. Se le clavan en los brazos gruesos cascos de vidrio que le cortan las venas, sale la sangre a borbotones. Llamado el médico, cose lo que puede. Pero durante la noche se producen nuevas hemorragias. Es muy difícil pararlas.

Eusebia recibe los últimos sacramentos, sufre muchísimo, lucha durante dos meses entre la vida y la muerte. A quien le pregunta cómo está, responde con una dulzura y paciencia: "Hago la voluntad de Dios". Y Dios le devuelve la salud suficiente que le permite dejar la cama hacer su primera profesión religiosa el 5 de agosto de 1924, y recibir la primera obediencia que la destina a la casa de Valverde. Al partir, abraza a su querida hermana sor Caridad, y le dice: "Hagámonos santas. Todo lo demás es perder el tiempo".

Los milagros de sor Eusebia.

Valverde es una pequeña ciudad en el extremo sudoeste de España, entre poblaciones mineras de España y Portugal, rodeada de colinas y montes dispersos. Aquí llegan los mineros, los que acarrear los minerales, los muleros con largas recuas de animales que van a enterrarse con los mineros en las galerías, para arrastrar las carretillas.

En Valverde vive gente sencilla, gente pobre. Llega sor Eusebia y le encargan que se haga cargo de la cocina, la portería, la ropería, la asistencia del oratorio. En estos humildes locales, entre esta gente sencilla, Dios

hace florecer los milagros de sor Eusebia. Ella, que en su corazón ha continuado siempre siendo la pequeña mendiga de la sonrisa irresistible, extiende su mano a Dios. Y ni siquiera Dios puede resistir a su sonrisa. Las muchachas de esta escuela y del Oratorio, cuando llegó, la llamaron "Pequeña, amarilla, delgada, la de manos gruesas y de nombre feo". Pero tras pocos días van cada vez con más frecuencia a buscarla, a ayudarla en sus trabajos con alegría, a escucharla. Ella les habla de María Mazzarello, de Don Bosco, de las misiones entre los jíbaros, entre los chinos, cuenta la vida de los santos que ha leído en el noviciado.

Algunos años después, muchas de aquellas muchachas estarán entre las postulante de Barcelona-Sarriá. La nueva inspectora, madre Covi, preguntará: "¿Y tú, de dónde eres?", y escuchará la respuesta: "De Valverde", "de Valverde", "de Valverde"..... Y madre Covi, sorprendida: **"¿Pero, qué es lo que hay en Valverde?"**. Le responderán que hay una cocinera con asma, que cuenta a las muchachas cuentos sencillos.

Madre Covi llegó un día a Valverde, en la fecha señalada en su itinerario de visitas a las casas de las FMA. Sor Eusebia conocía aquella fecha, y había sembrado a tiempo las espinacas para servir las en la mesa fresca, fresca. Pero no había llovido, y las espinacas apenas habían despuntado. Cuenta Carmen Raguer: "Sor Eusebia bajó a la huerta, y dijo al Señor: "Si tú hubieras mandado un poco de lluvia en los días pasados, yo sabría que dar en la cena". Se acordó que tenía dentro la olla en fuego y corrió adentro. Cuando volvió; las espinacas eran tan largas como una mano". Y madre Covi comió espinacas frescas.

El peón que con el pico cavaba en el fondo del pozo seco de la casa de las hermanas, en un cierto momento removió una piedra, y el agua brotó con violencia. Lo embistió y lo hundió. Apenas tuvo el tiempo de gritar: ¡Auxilio!. Sor Eusebia no estaba lejos, corrió al brocal, y sin saber qué hacer le arrojó el crucifijo que llevaba al cuello. El agua se paró, y el obrero salió fuera, todo mojado y espantado. Devolvió el crucifijo diciendo: Gracias.

La madre Genoveva llamó a sor Eusebia y le confió que su padre estaba desesperado. Tenía una posada, pero siendo un buen católico no aguantaba blasfemias o conversaciones sucias. Después de una bronca con ciertos individuos que habían entonado una canción grosera, los clientes se habían marchado. Y ya no volvían. Era la ruina para su familia. "Estad tranquilos, que volverán -dijo la hermana-. Yo rezaré". Volvieron, y Genoveva fue a darle las gracias.

"He soñado"

Aquello era un florecer de hechos, anécdotas, que pasaban de boca en boca. Seminaristas, religiosas, sacerdotes, muchachas, iban a consultar sobre su futuro a sor Eusebia, mientras tendía la ropa en la huerta o pelaba patatas en la cocina. Y ella tranquila aconsejaba, predecía el porvenir, animaba una vocación auténtica, o desaconsejaba una falsa. Y a quien le preguntaba cómo sabía esas cosas, respondía con una frasecita de Don Bosco había empleado muchas veces: "He soñado".

No leí libros eruditos, y ni siquiera las cartas. Leía cada día la pasión del Señor en el modo más sencillo. Hacer el vía crucis es bonito, pero es difícil recordar de memoria las catorce estaciones. Rezar el rosario es sencillo, pero no todos logran recordar los cinco misterios dolorosos. Sor Eusebia, en lugar de los cinco misterios dolorosos, recordaba las cinco llagas de Jesús: las de las manos, las de los pies, la del costado. Es tan sencillo que hasta un niño lo podría saber. Y sor Eusebia animaba a hacerlo así.

España estaba entrando en las convulsiones de la guerra civil. Iba a pagar en un baño de sangre y largas injusticias sociales, el odio de los marxistas revolucionarios que querían sustituir aquellas injusticias con otras aún más profundas, la rabia de los sin-Dios que querían eliminar sacerdotes y religiosas y quemar iglesias y casa religiosas.

Sor Eusebia Palomino intuyó la borrasca desde lejos, y se ofreció víctima al Señor por sus hermanos y sus hermanas.

Dios acogió su petición. El asma se hizo intolerable, la hizo morir ahogándola mil veces, retorció su cuerpo como un ovillo enmarañado. Murió el 10 de febrero de 1935, cuando solamente tenía treinta y seis años. A quien la asistía, le tendió una vez más su mano como una pequeña mendiga diciéndole: "Dígame cosas buenas, que me consuelen".